

tés, de parte del jefe de la nacion, que pasase á la capital, donde seria alojado dignamente con sus tropas.

Escuchó Hernan Cortés, con indecible gozo, las proposiciones de los embajadores de Coanaco, pero sin dar á conocer en su semblante la satisfaccion que embargaba su alma. Por el contrario, revistiendo su fisonomía de alguna severidad, contestó que, aunque debia castigar con rigor algunos asesinatos cometidos contra algunos españoles, á corta distancia de Texcoco, lo daba todo al olvido, puesto que su señor protestaba no haber tenido culpa en ellos. «Sin embargo, añadió, espero que se me vuelva el oro y la plata que conducian.» Los nobles manifestaron que el tesoro que á los hombres blancos se les quitó, fué enviado al emperador de Méjico por los mismos que de su órden habian matado á los españoles; pero ofrecieron practicar todas las diligencias posibles para ver si lograban que se le restituyese, sino todo, alguna parte de él. Cortés se dió por satisfecho, y los enviados le preguntaron si pensaba llegar aquel mismo dia á Texcoco, ó si pernoctaria en alguna de las ciudades próximas, que podian reputarse como suburbios de ella. Por su parte indicaron que se alegrarian de que se detuviese en cualquiera de las poblaciones, á fin de que su señor pudiera hacer los preparativos necesarios para recibirle dignamente. El caudillo español respondió que se dirigia directamente á Texcoco, sin hacer alto en ningun otro punto.

Oida la determinacion del general, los enviados se despidieron para dar parte á su señor de la resolucion tomada y poder preparar los alojamientos.

Emprendida de nuevo la marcha, Hernan Cortés fué

obsequiado en las poblaciones próximas á la capital acogida, presentándole abundantes víveres para su tropa, y á las doce del dia 31 de Diciembre, entraba por las puertas de la ciudad de Texcoco.

Varios nobles salieron á recibirle y le condujeron hácia el alojamiento que habian destinado para los españoles.

El ejército fué aposentado en el palacio del rey Nezahualpilli. Era un edificio bajo, pero sólido y espacioso, con amplios patios, hermosos jardines, baños y vastísimos salones. En él se alojaron cómodamente todas las tropas españolas «y aun tenia capacidad, dice Cortés, para doble número de gente» (1).

Con el laudable fin de inspirar confianza en los habitantes de la ciudad y de tener dispuesta siempre la gente en caso de cualquier novedad que ocurriese, el general español ordenó, cuando aun estaban formados los soldados, que nadie atentase contra la propiedad de los nativos, ni saliese de los cuarteles sin licencia suya. La infraccion de esta disposicion se les hizo saber que seria castigada con la muerte (2).

Llamó la atencion de Hernan Cortés la poca gente que se dejaba ver en las calles, y particularmente la falta de mujeres y de niños, indicio, en aquellas naciones, de hos-

(1) «La dicha casa y aposentos; la cual es tan grande, que aunque fuéramos doblados los españoles, nos pudiéramos aposentar bien á placer en ella.» — Tercera carta de Cortés.

(2) «Y antes que nos aposentásemos, estando toda la gente junta, mandé pregonar, so pena de muerte, que ninguna persona, sin mi licencia, saliese de la dicha casa y aposentos... Y esto hice porque los naturales de la dicha ciudad se asegurasen y estuviesen en sus casas.» — Idem.

tilidad ó de alarma. Pensó al principio, que reconociese por causa el temor; pero viendo que habian transcurrido muchas horas y que la ciudad continuaba en el mismo silencio, sospechó que algo extraño pasaba. Muy pocas personas se veian cruzar por enfrente á los cuarteles, y esas lo hacian recatándose y misteriosamente (1). Deseando adquirir alguna luz sobre la causa que motivaba el retraimiento de los habitantes, el caudillo español dispuso que Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid, con varios soldados, entre los cuales iba Bernal Diaz, subiesen al átrio superior del principal *teocalli*, que dominaba la ciudad y la campiña, y observasen lo que acontecia. Los enviados para observar tendieron la vista desde la considerable altura, y pronto se convencieron de que no debia existir buena prevencion de parte del jefe texcocano hácia los españoles. Millares de habitantes de la ciudad y de las poblaciones comarcanas salian apresuradamente con sus bienes muebles, sus hijos y sus mujeres, y se dirigian á los montes y á las selvas, al mismo tiempo que gran número de personas principales se embarcaban en canoas, alejándose por la laguna con direccion á Méjico (2).

Hernan Cortés, al tener noticia de lo que pasaba, comprendió que el objeto del rey texcocano, al enviarle los

(1) «No veíamos ni la décima parte de la gente que solia haber en la ciudad, ni tampoco veíamos mujeres ni niños, que era señal de poco sosiego... y esa que veíamos muy rebozados.»—Idem.

(2) «Y mandó al Pedro de Alvarado y á Cristóbal de Oli, y á otros soldados, y á mí con ellos, que subiésemos al gran cu, que era bien alto... y vimos que todos los moradores de aquellas poblaciones se iban con sus haciendas y hatos é hijos y mujeres, unos á los montes y otros á los carrizales que hay en la laguna que toda iba cuajada de canoas.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

embajadores, habia sido entrenarle para ganar tiempo y lograr poner en salvo las cosas valiosas de la ciudad. Sin pérdida de tiempo, trató de apoderarse de él, y para conseguirlo, destacó algunos soldados por las calles que rodeaban el palacio, con órden de que se apoderasen de los personajes que huyeran, mientras otros debian penetrar en el palacio. La providencia fué tardía. El jefe de la nacion habia sido el primero en salir de la capital, y en aquellos instantes marchaba por el lago con direccion á Méjico.

Hernan Cortés hizo llamar al siguiente dia á los nobles y jefes que se habian quedado en la poblacion. Eran personas que siempre vieron con desafecto al monarca, y que miraron con gusto su partida. Por ellas supo el caudillo español los acontecimientos que se habian verificado en el gobierno de Texcoco, desde su salida de Méjico. Vacante la corona por muerte del destronado Cacamatzin, que pereció en la Noche Triste y á quien Moctezuma entregó preso á Cortés, como he dicho ya, y viendo ausente á su hermano Cuicuitzca, los texcocanos procedieron á la eleccion de un nuevo monarca. Un hijo segundo de Nezahualpilli, llamado Coanaco, manifestó que á él le correspondia de derecho la corona por muerte de su hermano mayor. Los electores, despues de una ligera discusion, le nombraron rey, y su coronacion fué celebrada con grandes fiestas y regocijos. Pocos meses despues de haber empuñado las riendas del Estado, se presentó ocultamente en Texcoco su hermano Cuicuitzca, que habia logrado escaparse de Tlaxcala, donde le tuvo preso Cortés. Se ignora si su objeto fué levantar un partido, reclamando el ce-

tro que habia empuñado, ó vivir reconociendo á su hermano por monarca. Cualquiera que fuese su deseo, no lo vió realizado. En cuanto puso el pié en la hermosa ciudad, fué reducido á prision por órden de los ministros de su hermano Coanaco. El monarca de Acolhuacan, deseando tomar consejo de su primo Guatemotzin, emperador entonces de Méjico, le dió parte de lo que pasaba. Guatemotzin, sospechando que el fugitivo rey trataba de apoderarse del trono para favorecer á Hernan Cortés, opinó porque se le quitase la vida; y el desgraciado Cuicuitzca fué sentenciado á muerte por su hermano, sufriendo la pena con noble resignacion (1). Los nobles dieron al caudillo español las importantes noticias que referidas quedan, agregando que ellos, lo mismo que una gran parte de la nacion, habian visto con disgusto la terrible ejecucion, y que anhelaban que se colocase en el trono á otro miembro de la familia real.

Hernan Cortés se propuso sacar todo el provecho de la mala voluntad que una parte de la nacion manifestaba al monarca que acababa de refugiarse en Méjico, influyendo en que colocasen en el trono una persona que fuera adicta á los españoles. Desde su llegada á Tlaxcala, en la época

(1) «Teniéndole en son de preso, se soltó y se volvió á la ciudad de Tesaico; y como ya en ella habian alzado por señor á otro hermano suyo, que se dice Guanacacin, de que arriba se ha hecho mencion, dicen que hizo matar al dicho Cucascacin, su hermano, desta manera: que como llegó á la dicha provincia de Tesaico, las guardas lo tomaron, é hicieronlo saber á Guanacacin, su señor: el cual tambien lo hizo saber al señor de Tenuxtitan; el cual, como supo que el dicho Cucascacin era venido, creyó que no se pudiera haber soltado, y que debia de ir de nuestra parte para desde allá darnos algun aviso; y luego envió á mandar el dicho Guanacacin que matasen al dicho Cucascacin, su hermano, el cual lo hizo asi sin lo dilatar.»—Tercera carta de Cortés.

primera, le envió á ofrecer sus servicios contra los mejicanos el jóven Ixtlilxochitl, hermano del rey de Texcoco Cacamatzin. Cuando en 1516 subió al trono este último, le disputó la corona su hermano Ixtlilxochitl, viéndole dócil á las disposiciones de Moctezuma que se iba apoderando astutamente de varias provincias del reino. La guerra civil terminó por un convenio, en que Cacamatzin cedió á su hermano la parte del reino situada en la montaña de que habia logrado hacerse dueño. Pero si Ixtlilxochitl dejó de disputar ya la corona á su hermano Cacamatzin, no terminó en su inveterado odio contra los mejicanos, que se habian engrandecido menguando el territorio de los acolhuas. Enemigo irreconciliable de Moctezuma, á quien veia ejerciendo una influencia notable sobre los destinos de su patria, sujeta ya casi á la voluntad del monarca azteca, envió sus embajadores á Cortés, manifestándole que estaba dispuesto á unirse á él con todo su ejército. Tenia Ixtlilxochitl, cuando hacia esos ofrecimientos al caudillo español, veintiun años. Hernan Cortés le dió las gracias por su buena disposicion en servirle, y ofreció corresponder á su oferta con hechos que le manifestasen su aprecio. Las relaciones amistosas del general castellano y del jóven Ixtlilxochitl continuaron siempre en la mejor armonía, y fué el primero en apoyar la eleccion hecha por Cortés en su hermano Cuicuitzca para gobernar la parte del reino que habia regido el monarca destituido. Viendo el jefe castellano el afecto sincero que profesaba Ixtlilxochitl á los españoles, quiso tenerle á su lado para imprimir en su corazon sus ideas, y le llamó á Méjico. Ixtlilxochitl vivió, desde aquel instante, en los cuarteles españoles, desde donde or-

denaba lo que se habia de hacer en la parte montuosa que gobernaba. Habiendo logrado salvarse en la Noche Triste, siguió á Hernan Cortés á Tlaxcala, donde le dejó al emprender de nuevo la campaña sobre Méjico, encargándole que fuese á reunirse á él en Texcoco cuando se concluyesen los bergantines.

Mucho le importaba á Hernan Cortés ganarse el afecto de la nobleza texcocana, y desde que entró en la hermosa capital acolhua, procuró, con su buen trato, hacerse estimar de ella. Cuando tuvo pruebas inequívocas de su aprecio, convocó una asamblea formada de los personajes mas notables de la grandeza, para que procediese á la eleccion de monarca, puesto que el trono habia quedado vacante con la fuga de Coanaco. La nobleza se manifestó inclinada en favor del príncipe Ixtlilxochitl; y Cortés, que estaba interesado en su nombramiento, influyó poderosamente en que fuese elegido. La coronacion del jóven príncipe, que tenia veintitres años de edad, y á quien el caudillo español hizo que se presentase en Texcoco, se celebró con el mayor fausto y solemnidad. El pueblo se mostró lleno de regocijo con la proclamacion del nuevo rey y se entregó á las demostraciones de la mas intensa alegría.

Con el largo trato con los españoles, fué adquiriendo gusto por su religion, modales, usos y costumbres. Instruido por el padre Olmedo en la doctrina del catolicismo, entró en el gremio de la Iglesia. Hernan Cortés quiso ser su padrino de bautismo, y la ceremonia se celebró con toda solemnidad, llamándose, desde entonces, D. Fernando Cortés Ixtlilxochitl (1). Como siempre se habia manifesta-

(1) «En aquella sazón se volvió cristiano con mucha solemnidad, y le bau-

do con ardiente anhelo de aprender la lengua castellana, el caudillo español le dió por maestros algunas personas de las de su ejército.

Las acertadas medidas dictadas por el nuevo monarca, le conquistaron bien pronto el aprecio de sus vasallos, que parecian complacerse en manifestarle su aprecio y en obedecerle (1). Ixtlilxochitl, mas adicto cada dia á los españoles, se declaró el mas leal amigo de ellos, y sus servicios, como mas adelante veremos, fueron de notable importancia para Hernan Cortés (2).

tizó el padre de la Merced, y se llamó Hernando Cortés, porque fué su padrino nuestro capitan.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(1) «E con mucha paz y en amor de todos sus vasallos y otros pueblos comarcanos, é mandaba muy absolutamente y era obedecido... y digamos cuan amado y obedecido fué de los suyos.»—Idem.

(2) El historiador Solís incurre en notables errores en el punto referente al monarca texcocano que abandonó la ciudad y al que fué colocado por nueva eleccion en el trono. Supone señor de Texcoco á Cacamatzin, cuando el mismo Hernan Cortés manifiesta que fué de los presos que murieron en la Noche Triste. Le hace usurpador del trono, asegurando que mató á su hermano Nezabal, que regia los destinos del país. Nada es mas contrario á la historia que esta aseveracion del Sr. Solís. Nezahualpilli, á quien llama Nezabal, no era hermano, sino padre de Cacamatzin, ni murió á manos de nadie, sino de enfermedad, en 1516, y disponiendo que se eligiese por rey á su hijo Cacamatzin, que tenia entonces veinte años de edad. Respecto de Ixtlilxochitl, no se presentó á Hernan Cortés acaudillando la nobleza, ni pronunció el discurso que le atribuye, ni se verificó en la reunion que supone, nada de lo que con seductora elegancia expresa. Claramente dice Cortés en su tercera carta, que Ixtlilxochitl fué llevado en su compañía á Tlaxcala; y en otra parte de la misma añade, que despues de haber dado orden á Gonzalo de Sandoval para que acompañase á Chalco á los hijos del señor de esta última ciudad, le encargó, «que despues de los haber puesto en su tierra, se llegase á la provincia de Tascaltecal, y que trujese consigo á ciertos españoles que allí estaban, y aquel don Hernando, hermano de Cacamacin.» Se ve, pues, que Ixtlilxochitl, como yo digo, siguiendo á Cortés, no se presentó acaudillando á la nobleza, ni pronunció discurso ninguno. Es sensible tener que señalar errores á un escritor, cuyo elocuente estilo es modelo de bien decir; pero la verdad histórica lo exige, y solo en obsequio de ella me veo precisado á hacer penosas aclaraciones